



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



26 de enero de 1889



Núm. 65



QUINTETO

Ayuntamiento de Madrid



## UN RATO DE CHARLA

**L**AS novedades más importantes (dentro de las novedades agradables, que en cuanto á novedades desagradables, petardos, parlamentadas, quiebras, emigraciones, desembarcos de vinos italianos, etc., esto ha sido la mar), las novedades más importantes, decía, desde que no hemos echado el acostumbrado párrafo, han sido la exhibición del cuadro de Moreno Carbonero en uno de los salones del Senado y el discurso del Sr. Cánovas en el Ateneo de Madrid.

Yo no he visto aquel cuadro, pero me basta saber lo que representa para sentirme poseído de entusiasmo. Trátase de nuestra grande epopeya de Oriente, de aquella expedición muy superior en maravillosidad á los más inverosímiles libros de caballerías, sólo que fué verdad, del propio modo que es verdad la conquista de Méjico por D. Fernando Cortés.

Gran figura resulta la de Roger de Flor, por más que en rigor no fuese paisano nuestro; pero yo (que no lo oiga nadie) admiro todavía más á Berenguer de Rocafort. No es preciso que me lo juréis: ya sé que gran número de vosotros sólo lo conocéis por haberle visto en *Venganza catalana*; pero os aseguro que merece se le cite más, y se le ponga al nivel del expresado Roger.

De ahí que me alegre yo mucho de que, gracias al ilustre pintor malacitano, se vaya popularizando el conocimiento de nuestra expedición á Oriente, á fin de ver si de esta manera sale un día otro pintor y, sin miedo á que no se sepa de lo que se trata, embadurna otro lienzo grande con el título de: «Berenguer de Rocafort vence al sebastocrátor Miguel en el valle de Apros;» «Berenguer de Rocafort derrotando á los álanos (búlgaros) al pie de los Balcanes;» y aun para el bravo soldado cronista, En Ramón Muntaner, podría haber también: «Defensa de Galípoli por las mujeres de los almogávares, á las órdenes de Muntaner;» sin que esto sea decir que no fuese también muy bonito un «Campamento de catalanes y aragoneses en el monte Olimpo,» ó bien una «Derrota del duque de Atenas por el ejército catalán-aragonés á orillas del Cefis.» Todos esos asuntos vendrían como pedrada en ojo de boticario después del último cuadro del Sr. Moreno Carbonero.

Ahora os confesaré, también con sentimiento, que no me he podido enterar aún del discurso del Sr. Cánovas sino por lo que han dicho los periódicos; pero desde ahora estoy persuadido de que no me hallaré ni con la más homeopática ni microscópica equivocación de concepto, y que no se hablará allí de la *austeridad de Espartaco*, colocando á este apreciable gladiador númida al lado de Arístides y Demóstenes.

Pero vamos á ver: sin aventurar todavía mi juicio definitivo sobre el discurso del Sr. Cánovas, paréceme (por lo que han dicho los periódicos) que no ha sido cosa muy nueva, fuera de la defensa de Duguesclin. Sin embargo, que éste no dijese aquello de *ni quito ni pongo rey*, etc., mientras le cogía á D. Pedro por una pierna y daba ocasión á D. Enrique á que se pudiese encimar, es cosa que no basta á librar á aquel ilustre aventurero de aparecer como

modelo de doblez, y conste que yo soy enemigo encarnizado de Pedro *el Cruel*.

Los mercenarios del feísimo conde de Longueville eran una gente atroz, tanto que se intitulaban *amigos de Dios y enemigos de todo el mundo*; y para colmo de males se les habían reunido todos los bandidos de Francia con el nombre de *tardíos* (*tard venus*), significando con esto que se les habían juntado después de la batalla de Poitiers, donde las *compañías blancas* estaban á sueldo del inglés.



El canto del jilguero

Ahora bien: ¿quién tuvo la culpa de que con tanta facilidad se allanasen á invadir á España aquellos facinerosos? Pues nadie más que Pedro *el Cruel*, el cual, con mandar matar á su angelical esposa D.<sup>a</sup> Blanca, se concitó el odio de su cuñado Santiago de Borbón, íntimo de Bertrand.

El rey Carlos V de Valois no deseaba otra cosa que sacudirse de encima aquellas bandas de foragidos. Y ¿á quién encargó Carlos V la misión de echar á España á las *compañías blancas*? Pues á Santiago de Borbón, que al momento se dirigió á Duguesclin con aquel objeto.

¡Qué gente aquella, Santo Dios! Eran treinta mil, bretones, vascos, lorenenses, brabanzones, ingleses, provenzales; canalla sin rey ni ley, tan desvergonzados que al pasar como una plaga de langosta por Aviñón, donde á la sazón residía el papa, se intitularon «peregrinos de Dios que iban por gran devoción á Granada á vengar á Nuestro Señor;» pero exigiendo al mismo tiempo del Padre Santo la cantidad de 200,000 libras, y además ¡si serían

buenos cristianos! la absolución de sus pecados. Cosas á que no hubo más remedio que acceder.

Con soldados de tal ralea no era posible la fidelidad, y nada le hubiera costado á D. Pedro comprarles, como le aconsejaba M. de Albret; pero despreció el feroz monarca aquel aviso.

Viene la batalla de Nájera, ó, como dicen en Francia, de Navarrete, y D. Pedro, con su comportamiento con Duguesclin prisionero, le da pie á éste para que otro día, sin el menor escrúpulo, le pueda tirar á él también del pie, pues como estuviese desarmado Bertrand, se había arrojado sobre él para matarle, fea acción que evitó el caballeresco Príncipe Negro.

Triunfante Pedro *el Cruel*, se porta con tan horrible barbarie que merece se le excluya del número de los humanos y se le tenga tan solamente por una malvada fiera. A nadie perdona: poseído del vértigo de la matanza, no deja que sosiegue un instante la maza de sus ballesteros ni el hacha de sus verdugos, y, no bastando aún, enciende hogueras para quemar á D.<sup>a</sup> Urraca de Osorio, á la cual acompaña voluntariamente en su suplicio su doncella Isabel Dávalos. A Pedro *el Cruel* le gustaba mucho la carne de mujer. ¿No había, con todo eso, para eximir á cualquiera de la obligación de portarse noblemente con el sanguinario tigre?

¡Cosa extraña! Entre tantas víctimas no figura Duguesclin, al cual no se decide á matar el tirano de Castilla, hasta que un día, furioso por haberle dicho M. de Albret que sólo por miedo tenía preso á Bertrand, comete la gran torpeza de soltarlo, echándose las de bravucón.

Por fin, encuéntrase D. Pedro bloqueado en el castillo de Montiel, y, no sabiendo como escabullirse de la ratonera, envía un emisario á Duguesclin ofreciéndole 200,000 doblas, y muchas villas y castillos, si quiere pasarse á su partido. Duguesclin se niega primeramente, vacila después y acaba por decir que lo pensará. Y ¿qué hace? Comete la infamia (relativa) de ir á contárselo á don Enrique. Asustado éste, como que conocía perfectamente al conde de Longueville, le ofrece el doble si le permanece fiel. Duguesclin acepta y envía un emisario á D. Pedro, diciéndole que se presente en su posada ó tienda (es lo mismo), donde comparece D. Enrique. La traición estaba ya consumada, importando poco que Duguesclin volviera ó no á D. Pedro, que, según parece, estaba encima de su hermano. Con todo, hay autores franceses que admiten que Duguesclin fué el caballero que cambió la faz del fratricidio.

Dicho sea ahora en honor á la verdad, no fué malo que ocupase el trono la casa de Trastámara, pues cuando menos dió dos excelentes reyes, que bien podríamos llamar sinceramente constitucionales: D. Juan I y D. Enrique III.

Y ahora estoy notando que hemos pasado el tiempo hablando de cosas del tiempo de Mari-Castaña; pero ¿sería más entretenido hablar de las reformas militares?

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## EL FIN DEL NACIMIENTO

**Y**a ha pasado, queridos camaradas, el día feliz del nacimiento del Mesías, y creo le habréis celebrado con el belén de todos los años.

Ya el dichoso mes ha pasado para no volver hasta el año próximo; pero entonces todos tendremos 365 días más, y esto inspira alguna tristeza, pero es preciso conformarse.

Ya el nacimiento está moribundo: por entre el musgo, antes tan verde y ahora amarillento, se abren heridas que descubren la compostura interior de las llanuras, mientras que la fuente ó surtidor que antes corría en abundancia, ahora se halla seca á consecuencia, sin duda, de cataclismos interiores, tales como el derrumbamiento de un puchero que formaba el núcleo de la montaña, ó la rotura de una fuente ó plato que formaba la vertiente meridional de la misma.

Ya las montañas que el complaciente papá enjaretó con papeles, cartón, cacharros y otros instrumentos no menos pintorescos, y que más tarde se cubrieron con el musgo (reglamentario), piedras y arena, amenazan desplomarse sobre las casas y personas que se encuentran en el llano; las figuras que los hermanos mayores desempaquetaron, mientras los pequeños daban gritos de alegría á medida que aparecían las casas de cartón, los reyes, etc., etc., y ponían cara lánguida cuando asomaba algún hombre ó animal descabezado, cojo ó manco (cosa muy frecuente y que se arregla con cola, recurso universal del belén), van á volver á su encerrona de un año.

Sin embargo, á pesar de estas desgracias forzosas del nacimiento, aun le resta un último destello de vida: el día de Reyes.

La víspera de esta fiesta el papá arregla en lo posible las ruinas del belén, tapando con yerba las pinturas del musgo, limpiando la capa de polvo que cubre el cristal del río, y volviendo las peñas que han rodado hasta el llano, á su posición anterior, enderezando las figuras que, abrumadas con la balumba de frutas, panes, pavos y otros comestibles, han sustituido á la posición vertical la más cómoda de tumbados; y, en fin, coloca en su posición verdadera los árboles, que están por el suelo, como si algún violento ciclón los hubiese desarraigado.

Pero el día 7 todo es desolación: el musgo, piedras, tierra y árboles, todo se halla revuelto en confuso montón que ha de ir á parar al carro de los barrenderos. ¡Triste fin!

Mas, camaradas, espero que, sin acordaros de esta desgracia del belén, os habréis divertido mucho estas Pascuas.

Os desea feliz año vuestro camarada



Lo que hago todas las semana

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO

Valladolid, 5 de enero.

## AUREOLAS

DONIZETTI

**T**odos debéis conocer ese nombre, uno de los más populares y simpáticos del mundo musical.

El inspirado autor de *La Favorita* compuso veintidos óperas, y, aunque su talento era tan vasto como prodigioso el éxito de sus obras, lo debió más que á sus felices disposiciones á la constancia infatigable que demostró siempre por el estudio. No reseñaré, pues, detalladamente la vida del gran maestro: os nombraré sólo el ejemplo de su perseverancia para alcanzar la gloria que ambicionaba.



Lo que hago todas las semanas

Después de haber estudiado con varios maestros para completar su educación musical, Donizetti resolvió tomar lecciones de un famoso profesor de Bolonia llamado

Mattei.

Era, éste, hombre de avanzada edad que había renunciado por completo á su profesión, dedicándose exclusivamente á las prácticas religiosas; pero al ver el decidido propósito de Donizetti de recibir sus lecciones, y su entusiasta vocación para la música, consintió en complacer sus pretensiones, bien que de la manera más original y singular.

—Te daré lecciones,—le dijo;—pero no puedo fijarte días ni horas. Pásate por aquí todos los días, y las horas que pueda te las dedicaré á ti.

Donizetti aceptó.

Iba á casa de Mattei, y por lo regular le decía éste:

—Hoy no puede ser, Gaetano: es día de oración. Mañana á las cuatro de la tarde pásate por tal iglesia, y al salir estaré por ti.

—Está bien, maestro: no dejaré de ir,—contestaba Donizetti. Y, efectivamente, la tarde del siguiente día y á la hora prefijada, iba á la iglesia convenida. Allí encontraba al anciano en oración, que acostumbraba á prolongarse siempre una hora más de lo convenido. Al terminar sus devociones salía de la iglesia con su discípulo y si durante su marcha oían la campana de alguna iglesia, Mattei obligaba á Donizetti á que le acompañara á ella. Donizetti no oponía la menor objeción y acompañaba al maestro. Salían de la segunda iglesia cuando ya anochecía, y entonces Mattei se dirigía con su maestro á la catedral, donde al toque de vísperas tocaba siempre algunos motetes en el órgano. Terminada esta piadosa tarea, maestro y discípulo se dirigían á casa del primero.

A pesar de su avanzada edad, Mattei tenía todavía madre, á la cual quería con entrañable ternura. La buena anciana tenía una verdadera pasión por

jugar á la baraja, y, en cuanto llegaban á su casa, lo primero que Donizetti hacía para complacer á su maestro era echar unas partidas con su madre.

Acabadas éstas, llegaba la hora de cenar Mattei: cenaba, y, al terminar la cena, la madre, el hijo y el discípulo volvían á jugar á cartas, hasta que el sueño rendía á la anciana y se acostaba. Entonces empezaba la lección, que se prolongaba siempre más allá de la media noche, con gran aprovechamiento por parte de Donizetti, que nunca mostró el más leve disgusto por las impertinencias que sus estudios le obligaban á soportar: al contrario, su constancia era cada vez más viva, su vocación más manifiesta y arraigada. Cuanto á sus obras, son bajo todos conceptos dignas de él. Su escuela no ha sido estruendosa ni ha marcado evolución alguna en el arte musical; pero ha conseguido llegar á nuestros días con toda su hermosa espontaneidad, con todo su primitivo esplendor.

Las obras de Donizetti no son obras de grandes éxitos: deleitan, pero no exaltan ni arrebatan; se las aplaude siempre, y siempre se las oye con igual placer. No marcan una época, pero en cambio sobreviven á la suya; supremo triunfo que puede ambicionar un autor.

TRINIDAD DE LA ROSA

## LA TIRRIA DEL TRIBUNAL

**N**ADA, no seáis pazguatos: el que sale mal es porque le da la gana. Yo me he examinado mil veces sin saber una jota, y siempre he salido bien del apuro. La cuestión es no callarse: cuando se ignora una respuesta, se inventa, se escurre uno á otra lección: todo menos cerrar el pico; porque ¡naturalmente! el tribunal no puede aprobar al que no despliega los labios. ¡Pero como charléis de firme, os respondo de que no saldréis nunca suspensos!... ¿Quién me da lumbre?

El estudiante más próximo le ofreció su cigarro, encendió Félix el suyo, escupió la poca saliva que después de su peroración le quedaba, y, sacudiendo con la uña del meñique de la mano izquierda la ceniza del pitillo, comenzó el rapazuelo á echar humo por boca y narices, con la misma fachenda que un carabinero reenganchado. Hombreado ya, y aun no habían soltado el cascarón los muy mocosos, fumaban también los demás alumnos del corro; pero en sus rápidos ademanes se les conocía la impaciencia nerviosa que les devoraba. No se descubría en el pelotón ni una cara alegre, y todos los ojos se volvían á la puerta del aula, temiendo y deseando á la vez el momento en que las esfinges del tribunal les reclamasen. Sólo Félix permanecía reposado y tranquilo. Por fin, el bedel del Instituto asomó al extremo del claustro, se escurrío por entre los chicos, gritó con voz ronca:—¡Los de geografía!—y con su llavín de cruz franqueó la entrada á la clase, en la que se precipitó la turba estudiantil con el rumor de una ola.

Graves, enfáticos, ceñudos, muy seriotos, enfrascado el secretario del tribunal en el montón de los libros de matrícula, repantigado en su asiento el



Lo que hago  
todas las semanas

presidente, atisbando á la concurrencia el tercer vocal á través de los gruesos cristales de sus anteojos, aguardaban los jueces á los alumnos detrás de la mesa del suplicio, enhiesta sobre la clásica tarima separada del resto de la habitación por una airosa baranda de hierro. Sus grandes ventanas, abiertas al jardín del edificio, dejaban penetrar en la estancia una luz difusa y suave.

Atropellándose por coger buenos sitios, colocóse el aluvión de alumnos en la cuesta de bancos del aula, pidió el secretario las papeletas personales y comenzó el acto. Un granadero como de diez años, ruboroso y tímido, fué quien rompió marcha: más colorado que amapola de mayo, sacó las tres clásicas bolas y apenas si contestó



Lo que hago todas las semanas

balbuciendo á las tres preguntas que el tribunal le hizo.—¡Este es de los tontos!—pensó para su capote Félix al oír las cortas explicaderas del examinando.—¡Milagrillo será que no le revienten! Examináronse luego cinco ó seis rapaces, y, al fin, el secretario del tribunal gritó con voz clara:

—D. Félix Rodríguez.

Adelantóse el muchacho con pie seguro, subió las escalerillas del estrado, escogió á tientas las bolas en el verde saquito que las contenía, y, buscando en el programa la primera de las lecciones, dijo Félix á la vez que se sentaba en la banqueta de examinandos:

—«Cometas: su diferencia de los planetas: constitución, etcétera.» ¡Vaya una suerte atravesada!—murmuró el chico, sin saber por dónde entrar en materia.—¡Cometas! ¿Qué será eso?

El no conocía más cometas que las que echaba á volar en las tardes de novillos. ¡Cometas, cometas! ¡Ah, sí! ¡Ya se acordaba! ¡Cometas eran unos astros! Y fiel á sus propósitos, empezó el rapaz, como una taravilla, sin hacer otra cosa que glosar los epígrafes del programa:

—Los cometas son unos astros que se diferencian de los planetas en su constitución... en su constitución... y su constitución hace que se diferencien entre sí y separadamente, y...

El presidente atajó semejante charla y preguntó al muchacho:

—¿Podría V. citarme algún cometa? Ya sabe V. que se caracterizan por tener cola.

Félix no respondió al pronto. ¡Cualquiera daba con el nombre que se le pedía! Lo que menos se había metido él nunca, era en averiguar si los cuerpos celestes se llamaban de algún modo. Pero lo de la cola le iluminó la mente: acordóse del nacimiento que en su casa ponían por Navidad, y, sin pararse en pelillos, replicó el mocete:

—Sí, señor: la estrella de los Reyes Magos.

—Pase V. á otra lección,—siguió el presidente, impertérrito aunque mirando con fijeza al alumno.

Félix volvió rápidamente las hojas del programa, llegó al punto buscado, y exclamó:

—«América: extensión: límites, etcétera.»



Lo que hago todas las semanas

¡Gracias á Dios que le salía algo decente! ¡Ahora, ahora sí que iba á lucirse! ¡Como que su terreno era la geografía general! Pero ¡qué cosa tan rara! Pues ¡no se le había olvidado la lección de improviso! ¡Nada, que no se acordaba ni de media sílaba! ¡Si lo que le acontecía á él no le sucedía á nadie! ¡Ea! Su sistema: lo peor que podía hacer era coserse la boca. Y con grandísimo desparpajo comenzó:

—La América es una de las partes del mundo. Confina al Norte con el polo Norte, al Sur con el polo Sur, al Este con el polo Este y al Oeste con el polo Oeste. Está dividida en cuatro grandes regiones: los Estados Unidos del Norte, Estados Unidos del Sur, Estados Unidos del Este y Estados Unidos del Oeste; y los mares que la bañan son el del Oeste, el del Este, el del Sur y el del Norte.

Detúvose el chico un instante para tomar aliento; y el presidente del tribunal, dudando entre soltar la risa ó incomodarse ante la colección de sandeces que el examinando soltaba, le preguntó de nuevo:

—Dígame V.: ¿está V. seguro de que los polos son cuatro?

—Sí, señor,—replicó Félix.—Tantos como puntos cardinales.

—Perfectamente. Siga V. con América: sus ríos principales. ¡Serán también el del Norte, el del Sur...!

—No, señor,—le interrumpió el muchacho.—Son el Colorado, el Azul y el Verde en el Norte; y el Plata, el Oro y el Cobre en el Sur. El Este y el Oeste no tienen ríos.

No necesitaba el tribunal seguir el examen para apreciar los conocimientos geográficos del niño. Pero queriendo acaso medir su desvergüenza, díjole el presidente con irónica sonrisa:

—¡Muy bien, muy bien! A ver: dos palabras de la tercera lección y queda V. despachado.

La tercera bola se refería á Rusia. Receloso de la amabilidad de los jueces, buscó Félix en el programa los epígrafes oportunos. ¡Debía tenerlos anotados al margen con letra muy menudita trazada con lápiz! ¡Vana esperanza! ¡Ni un solo apunte manchaba la blancura del papel en el sitio de la lección de Rusia!

¡Cómo había padecido distracción tan supina! ¡Demonio de olvido!

El presidente se adelantó esta vez al alumno y le interrogó con melifluo tono:



Lo que hago todas las semanas

—Veamos, Sr. Rodríguez: ¿dónde se halla Rusia?

—En Europa.

—Así es. Y ¿cuál es su capital?

Félix vaciló un momento, y dijo con decisión, dominando las zozobras que comenzaban á roerle el ánimo:

—Stokolmo.

¡Chúpate esa! Creías que lo ignoraba: ¿eh? Pues te has lucido. Félix no tuvo tiempo de hilvanar más reflexiones; pues el presidente, aquel maldito verdugo más que juez, que no se cansaba nunca de preguntarle con una insistencia irresistible, le acusó de nuevo, diciéndole con burlón acento:

—Y Stokolmo pertenece á la Rusia africana: ¿no es verdad?

¡La Rusia africana! Jamás había oído tal especie. Pero cuando el presidente del tribunal lo afirmaba, verdad sería; y no atreviéndose á negarlo, exclamó el rapacín con tibieza:

—Sí, señor.

—¡Magnífico! Y ¿qué mares notables posee Rusia?

El examinador recalcó ya sus palabras sin ningún rebozo, y, venteando Félix la tormenta, á pique estuvo de guardar silencio. Pero se acordó de su sistema: peor era callarse; y á la desesperada y acobardado, murmuró:

—El Blanco y el Negro.

—Sí, señor,—dijo el presidente recostándose en su silla.—Es V. muy aficionado á los colorines. Basta. ¡Vaya V. con Dios!

Félix se levantó de su asiento sin que le repitieran la orden, y se salió del aula. Con mano temblona se limpió el copioso sudor que por la frente le corría, sacó un cigarro, lo encendió, y, aparentando una



Lo que hago todas las semanas

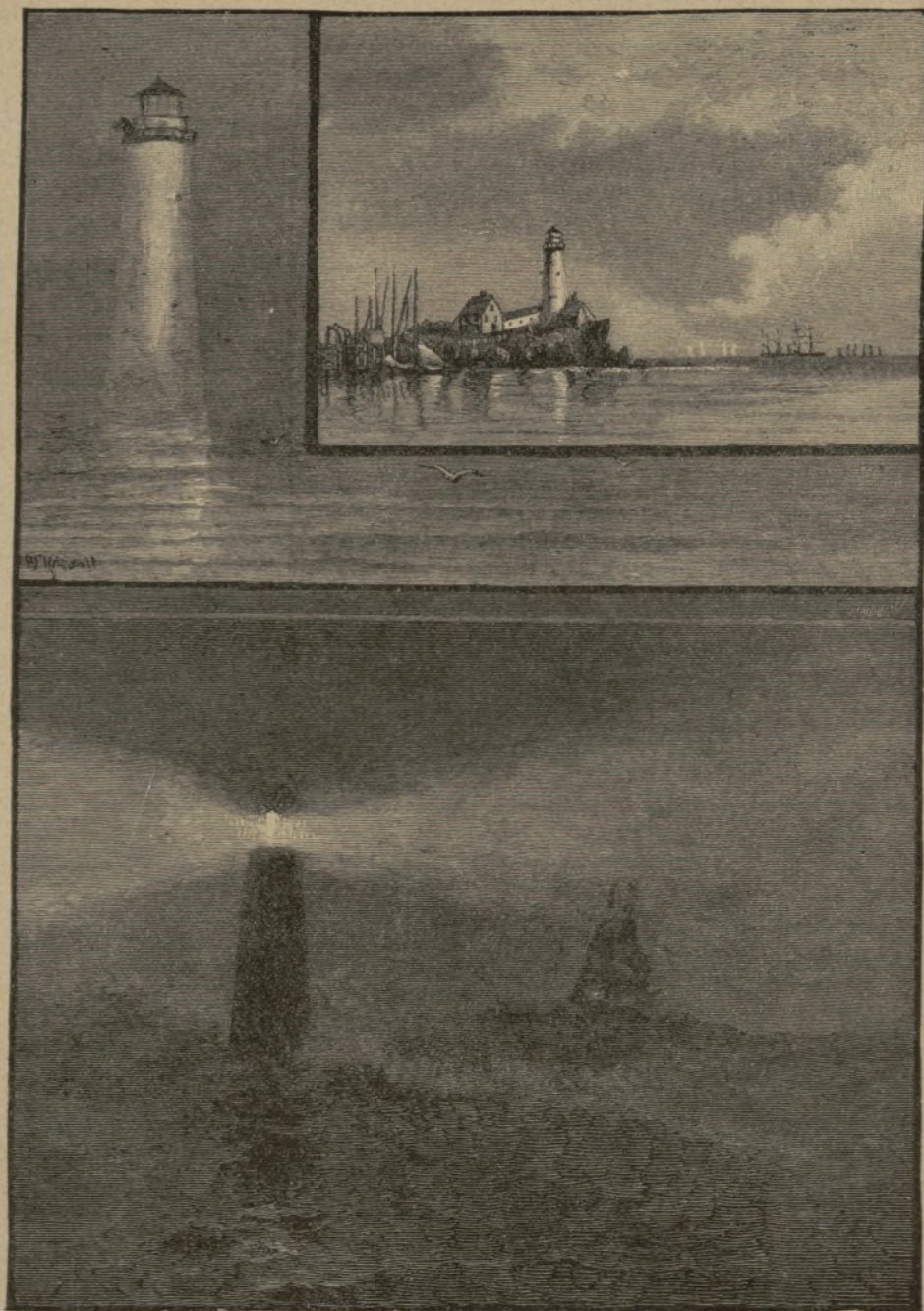
calma que desmentía su acento trémulo, exclamó dirigiéndose á sus compañeros:

—¿Qué nota os parece á vosotros que me darán?

—¡Suspenseo!—replicaron á coro sus amigos y camaradas con la brutal franqueza de los pocos años. ¡Si no había respondido más que disparates! A la verdad, Félix no las tenía todas consigo. El recuerdo del rostro burlón del presidente le desconcertaba. Pero, por otra parte, el no haber callado un momento le animaba á esperar en el triunfo. Por fin, se concluyeron los exámenes, quedándose solo el tribunal, y los chicos, alicaídos y mustios como nunca, temblándoles las piernas de miedo, se apelotonaron á la puerta del aula. Media hora, treinta eternos minutos, duró la calificación. Al cabo sonó el timbre, entró el bedel á la clase, volvió á salir á la galería con las notas en la mano, arrojáronse sobre el dependiente los muchachos como manada de hambrientos lobos, y, arrebatándole el más listo las papeletas, se subió á un banco y empezó á leer á gritos las calificaciones:

—Juan López: aprobado.

Pedro Mínguez: aprobado.



El faro

Roque Alonso: notable.

Félix Rodríguez: suspenso.

Félix, que se empinaba sobre las puntas de los pies para no perder ripio, palideció, cayósele el cigarrillo de la boca, rechinó los dientes y se apartó del grupo, abatido y murmurando con voz furiosa:—¡Eso es una injusticia! ¡Juan López no ha abierto apenas los labios y ha salido bien!—Y como uno de sus compinches, acercándose al mozo, le preguntara con irónico acento:—¿No decías que no callando nunca en el examen era segura la aprobación?—mirándole con ojos terribles, y apartándose de su camarada con un ademán brusco, balbuceó el rabioso Félix la excusa de todos los suspensos:

—¡Es que me tenía tirria el tribunal!

ALFONSO PÉREZ NIEVA



## PAÍSES MISTERIOSOS

Allá, muy lejos, muy lejos,  
donde se acaba la tierra,  
hay un país muy hermoso  
que nadie ha visto de cerca.  
Las flores de sus jardines  
brillan más que las estrellas;  
vencen á los ruiñeñores  
sus pájaros si gorjean;  
En alcázares de plata  
con minaretes de perlas,

viven apuestos galanes  
y encantadoras doncellas  
que visten á toda hora  
trajes de vistosas telas.  
Un fiero dragón con alas,  
cual perpetuo centinela,  
guarda de noche y de día  
de sus murallas la puerta,  
y sólo los niños buenos  
entran en él cuando sueñan.

LUIS CÁNOVAS

## ✻ NUESTROS GRABADOS ✻

### QUINTETO

Toman parte en la escena cinco personajes: una niña, un niño, una muñeca, un gato y una niñera. Decoración de sala de casa acomodada. Mucho gusto en el mobiliario. Personajes, todos ellos, muy simpáticos y de buen tratar. De ahí un dibujo sumamente bonito.

### EL CANTO DEL JILGUERO

—Escuchad,—decía un jilguero á dos niños que le observaban;—yo soy el precursor de la alegre primavera. La tierra está dura, el viento es frío, no hay flores aún en el prado ni hojas en los árboles; pero basta mi presencia para anunciaros el buen tiempo.

Ahora vendrá el ventoso marzo, después el lozano abril, y luego el florido mayo, el mes en que todo es alegre y risueño. Yo os anuncio todas esas cosas, y por eso mi canto es alegre y sonoro. Regocijaos, niños, que yo soy el precursor de la primavera.

### LO QUE HAGO TODAS LAS SEMANAS

—Si hace buen tiempo, el lunes lavo la ropa; el martes puedo plancharla, aunque nieve ó llueva; el miércoles coso, que es lo que más me gusta; el jueves recibo á las amiguitas que vienen á visitarme, pues no tengo otra ocupación; el viernes es día de limpieza y de barrer bien toda la casa; el sábado me dedico principalmente á la cocina, terminando por la tarde todos mis trabajos; y el domingo me pongo mi mejor ropa para ir á misa y á paseo, porque es día de reposo.



Las dos vacas

### EL FARO

Allí donde las olas ruedan, chocan y se agitan incesantemente, elébase el faro, mudo y silencioso, sobre su sólida base de roca. Contra él se estrellan furiosas las aguas cual si quisieran derribarlo; pero aquel gigante resiste impávido el choque de las olas más embravecidas. Durante el día sólo parece un fantasma en medio de la tempestad; mas cuando llega la noche y las negras sombras cubren el oceano, en la cúspide de aquella elevada columna silenciosa brilla un poderoso resplandor que todo lo ilumina y que es la salvación de los navegantes con mucha frecuencia.

### LAS DOS VACAS

Papá tiene dos vacas magníficas: una es blanca, negra y rojiza, y la otra tiene los cuernos muy retorcidos. Cuando termina el día conducenlas al establo, y, apenas amanece, ya se las ve junto al cercado esperando con impaciencia la hora en que deben ir á pastar.

### EXCURSIÓN DESGRACIADA

Pilar y Pepita quedaron solas un día en la casa á causa de haberse salido su mamá á visitar á una amiga suya.

El día estaba hermoso, el sol era brillante y las aves cantaban. A las niñas no les gustaba estar encerradas, y, aprovechando la ocasión, una de ellas propuso á la otra ir á pasear á la orilla del río.

Cuando hubieron llegado, Pilar dijo á su hermana que le agradaría mucho hacer una breve excursión en una barquilla.

—Pues mira,—dijo la otra,—allí veo una cubeta que parece abandonada: sin duda se la ha dejado alguna lavandera, y nosotras podríamos utilizarla para barquilla.

—Pues embarquémonos,—dijo la otra;—cojamos cada cual una rama gruesa y nos servirá de remo.

Llevaron la cubeta hasta el agua, introdujéronse dentro las dos, y, ayudándose con los palos, hiciéronla llegar hasta el centro del río, donde aquélla comenzó á dar vueltas. La corriente no era profunda, pero si algo rápida, y la cubeta flotaba muy bien, lo cual regocijó á las niñas, que veían los pececillos en el fondo del agua; pero muy pronto la extraña embarcación fué á chocar contra una roca que había en medio del río, y las niñas cayeron al agua.

—¡Nos ahogaremos!—gritó Pilar, cogida á la piedra y chorreando agua.

—¡Nos comerán los peces!—contestó su hermana llorando.

Afortunadamente acertó á pasar por allí un hombre que, al ver el apuro de las niñas, corrió en su auxilio y condújolas á la orilla. Cuando llegaron á casa, su mamá estaba sumamente inquieta, y para castigar su travesura acostólas sin cenar.



## LA ESTUFA DE PORCELANA

*(Continuación)*

Bailólo á perfección, á pesar de sus gruesos zapatos, de su vestido de piel de carnero, su camisa de tela grosera y su sombrero tirolés. Sí, supo bailarlo; y la prueba es que la bella señorita le sonrió durante todo aquel tiempo y no le riñó ni una sola vez. Terminado el minué, la linda damisela volvió á sentarse sobre su pedestal oro y blanco.

—Soy,—le dijo ella con una sonrisa benévola,—la princesa real de Sajonia, y habéis salido muy airoso de ese minué.

Entonces él se aventuró á decir:

—Señora princesa: ¿podrías tener la bondad de decirme por qué ciertas figuras bailan y hablan, mientras que otras no se mueven de su rincón? Siento curiosidad por saberlo. ¿Peco de descortés al dirigiros esta pregunta?

—Querido niño,—le dijo la dama empolvada;—¿es posible que no sepáis el motivo? Pues bien: hélo aquí: lo que hace que ciertos personajes permanezcan inmóviles y mudos, es que son de *imitación*.

—¿De *imitación*?—repitió tímidamente Augusto, que no acababa de comprender bien.

—Naturalmente. Todo eso no es más que mentira y falsedad. Esos objetos tienen la pretensión de ser lo que somos realmente nosotros. Jamás despiertan á la vida: los objetos de imitación no tienen alma.

—¡Oh!—dijo humildemente Augusto, que todavía no estaba seguro de haber comprendido del todo.

Miró á Hirschvögel: ése sí que tenía alma, y un alma real. ¿Iba acaso á animarse y á hablar? ¡Con qué ardor anhelaba oír su voz! Y comenzó á olvidar que se hallaba en presencia de una dama cuyo pedestal oro y blanco llevaba la fecha de 1746 y la marca de Meissen.

—¿Qué haréis cuando seréis hombre?—le preguntó la dama empolvada. —¿Trabajaréis en la *Real fábrica de porcelana* cómo mi ilustre Kandler?

—No he pensado nunca en tal cosa,—balbuceó Augusto; —y á lo menos... es decir... yo deseo... espero ser pintor, como maese Agustín Hirschvögel de Nuremberg.

—¡Bravo!—exclamaron todos los objetos que no eran de *imitación*.

Las dos hojas italianas cesaron de espadachinear para gritar: ¡*Benone!*

Augusto quedó encantado de haber merecido aquella aprobación unánime. Como la estufa continuaba guardando silencio, el niño experimentó un terror horrible. ¿Sería acaso Hirschvögel nada más sino una imitación?

—No, no,—exclamó él, con tanta vivacidad que la dama empolvada le miró toda sorprendida.

No tuvo tiempo de pedirle explicaciones, porque todos los objetos que tenían un noble origen y que podían citar á sus autores con orgullo, recriminaron ruidosamente contra los objetos de imitación, aquellos pedazos de improvisados insolentes y torpes, y contra la tontuna de los hombres que les creían al pie de la letra y les trataban con igual consideración qué los objetos auténticos.

—¡Ah! ¡Si tan solamente pudiésemos retornar á nuestros autores!—dijo un plato de Gubbio que echaba de menos á Giorgio Andreoli y los días encantadores del renacimiento.

Entonces fué cuando tomó la palabra la grande estufa, con indecible contentamiento de su compañerito de viaje.



Excursión desgraciada

— Amigos míos, — exclamó; — he escuchado todo lo que habéis dicho; los hombres hablan demasiado; no queramos parecernos á ellos en este punto. Desde hace doscientos años que existo, no he dicho jamás una palabra. Si hoy me decido á romper este silencio, es que uno de vosotros ha pronunciado una hermosa palabra que me ha conmovido. ¡Si pudiésemos volver á los que nos han creado! ¡Ah, sí! ¡Si eso pudiésemos! Hemos sido creados en una época en que los hombres mismos eran verdaderos, y hé aquí por qué nosotros, obra



Excursión desgraciada

de sus manos, somos verdaderos también. Toda nuestra valía nos viene de que nuestros creadores trabajaban con celo, con piedad, con lealtad, con fe; no para ganar dinero y atestar el mercado, sino para cumplir noblemente una obra honrada y para crear algo en honor del arte y de Dios. Veo en medio de vosotros á una pequeña criatura humana que me ama y que ama el arte según las fuerzas de su naturaleza ignorante é infantil. Que ese niño recuerde siempre la noche presente y las palabras que voy á decir. Si somos lo que somos, si el mundo nos aprecia, es porque los que nos han creado, hace siglos, eran sencillos de corazón y tenían las manos puras.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.